

DEBATE

MARIANA SCHKOLNIK (PET, Chile). Sin referirme a todo lo valioso que tiene la encuesta realizada por SUR —su información realmente representa las condiciones de vida de sectores populares—, quisiera plantear la existencia de un fenómeno muy importante que, por la forma en que se elaboraron los datos, no está detectado, lo que desde mi punto de vista lleva a errores.

Al poner el énfasis en el problema de la exclusión, sin diferenciar categorías, se está suponiendo un universo compuesto por ocupados y desocupados. Pienso que eso no es efectivamente así. La distinción que es necesario hacer es entre la *ocupación, subocupación* y la *desocupación*, entendiendo la subocupación como *sector informal*, con algunas redefiniciones necesarias. Esto depende mucho de la forma en que se mida la cesantía. Si se le pregunta a un poblador si está cesante porque no tiene un trabajo formal, puede decir que sí; pero si se le pregunta si ha buscado efectivamente trabajo durante la semana anterior, o durante los dos meses anteriores —como lo hacen las encuestas—, lo más probable es que diga que no lo ha hecho; y si se sigue profundizando, lo más probable es que diga que no ha buscado trabajo porque tiene un "pólolo". Entonces, medir ocupación y desocupación como grandes categorías oculta una realidad. Y es que en Chile, después de trece años de alta cesantía, la mayor parte de los cesantes está ocupada en "pólolos", es decir, en actividades por cuenta propia de subsistencia. Los cesantes no están pues absolutamente excluidos: han encontrado una forma de inserción en la economía que es completamente distinta a la tradicional, a la organización

formal del sector moderno. Han encontrado una forma de auto-ocuparse, lo que significa que no es la economía la que genera empleo, es la gente la que se auto-ocupa. En encuestas que hemos realizado en el PET para el año 86, encontramos que la desocupación alcanza aproximadamente a 40 o 50 por ciento de la fuerza de trabajo, sin considerar PEM, POJH y desocupados, lo que es importante de considerar para el futuro.

Alfredo Rodríguez hablaba de una *identidad obrera* fuerte en las poblaciones, lo que me parece bastante cuestionable. Los jóvenes son en su mayoría los que están subempleados, y si cruzamos ese dato con la variable "ingreso" en la encuesta que hicimos recientemente —donde aparecía que los trabajadores por cuenta propia ganaban mucho más que los asalariados, y con un horario más libre—, queda la sensación de que hay una autovalorización del trabajo por cuenta propia bastante grande, sobre todo por parte de los jóvenes que nunca han sido obreros. Incluso hay un cierto desprecio por sus padres, que fueron obreros, que fueron explotados, que tuvieron jornadas de trabajo durísimas, y que finalmente quedaron cesantes y no tienen absolutamente ninguna forma de ganarse la vida. Los jóvenes por cuenta propia aprecian su autonomía y no tienen ningún problema de cesantía; cambian de rubro tan rápido como va cambiando la economía, no como un obrero que corre el riesgo de quedar cesante y no sabe qué hacer en ese momento. Es necesario considerar esa valoración del trabajo por cuenta propia, que será problemática para un futuro democrático desde cualquier punto de vista, porque se da en perso-

nas que no trabajan solidariamente con organizaciones comunitarias y que son absolutamente independientes.

En definitiva, no medir el fenómeno de subempleo como una categoría lleva a pensar en un mundo de excluidos y desocupados, y a ocultar un nuevo tipo de ocupación que está definiendo una característica ideológica de pobladores distintos a los que conocimos.

El otro punto al que me quiero referir es el corte por sexo en el mercado laboral. En este aspecto no son muy grandes las sorpresas que uno se puede llevar. La participación de las mujeres no ha subido significativamente, excepto en el PEM y el POJH. Sin embargo, hemos tratado de medir la composición del ingreso familiar, y sucede que la mayor parte de las mujeres y los niños que trabajan y no se consideran ni ocupados ni subocupados, están haciendo un aporte de distinto tipo al ingreso familiar. La mujer teje, les corta el pelo a los vecinos... Entonces, más que como inserción al mercado laboral, creo preferible plantearse en términos del aporte que mujeres y niños hacen al ingreso familiar. Esto cambia mucho la norma y el tipo de estadísticas del trabajo.

BRYAN ROBERTS (Universidad de Texas, USA). A mi parecer, faltó en la ponencia un énfasis sobre la unidad doméstica, porque dadas las cifras que hemos visto, no sabemos en qué grupos de las poblaciones hay qué tipo de pobreza. Tampoco sabemos si los datos se refieren a una pobreza activa o pasiva. En algunas unidades domésticas se puede

llegar a un ingreso más o menos suficiente por los aportes de varios miembros de la familia en otras, constituidas por mujeres solas con niños, no sucede así. Esto tiene implicaciones para todos los tipos de relación cooperativa que hay dentro de los barrios mismos. Creo que sería interesante ver cómo se manejan las posibilidades de ganar dinero sobre la base de unidades domésticas, redes de parentesco o redes más amplias, de tipo comunitario.

FERNANDO CALDERON (CLACSO, Secretaría Ejecutiva). Quisiera referirme a las consideraciones sociopolíticas de la ponencia de Luis Razeto. Podría uno llegar a pensar que tanto por la vía de la economía familiar como por la vía de las formas comunitarias o de autogestión o de estrategias de sobrevivencia, se esté dando un proceso conflictivo de organización social. Ahora, si esto funciona así, ¿cómo se expresa en lo sociopolítico? La respuesta comunitaria, ¿no será acaso una respuesta puramente defensiva a la exclusión, más bien de momentos, con búsqueda de integración al sistema? Volviendo al punto de Razeto, respecto a sus consideraciones sobre las organizaciones populares: ¿cuáles son las contradicciones? El problema que se ve en Chile es común a las ciudades de América Latina. El Estado ya no puede satisfacer, como lo hacía precariamente en el pasado, las demandas de la población; y esto no solamente por las vías de las lógicas autoritarias que posiblemente acentúan el problema, sino también por la vía de la propia lógica democrática. Observamos el agotamiento de los modelos del pasado, y la sociedad de alguna manera se vuelca sobre sí misma para defenderse. En tal contexto hay un tema que sobresale con mucha fuerza, y es el de la democratización municipal, la vuelta al gobierno local. En él, la relación que se plantea en las organizaciones de pobladores, sus formas de representación y el ejercicio de esa representa-

ción por parte de los partidos y del Estado, serán un problema crucial.

FRANCISCO LEON (ILDES-CEPAL, Chile). La comparación entre las encuestas de los años 65-66 y 85 me produjo una reacción que deseo relacionar con el sistema o régimen dentro del cual estaban y están inmersos los pobladores. El año 65 la realidad poblacional estaba intervenida por un modelo de organización que era la Junta de Vecinos, organismo básico a través del cual se articulaba la demanda y en el cual el gobierno tenía un control importante; la Democracia Cristiana logró poder en las Juntas de Vecinos, pero lo fue compartiendo —incluso lo fue perdiendo— durante el proceso. La política estaba centrada en el sujeto que son los hogares, y la demanda fundamental era la de vivienda.

En el régimen actual, en cambio, tenemos una estructura militarizada en el nivel del gobierno: Intendencias y Gobernaciones que dependen de militares en servicio activo, y Municipalidades que dependen de militares en retiro o de personas muy allegadas al medio militar, que forman parte de su línea. Tenemos un proceso de regionalización militarizada y un proceso de toma de poder local por parte de la estructura militar. A nivel municipal, las asignaciones se manejan en negociaciones con los intendentes; hay una negociación política al interior de estos niveles, en los cuales la población participa por distintas formas de influencias que tendemos a no ver. Hay una línea de participación que se da con los organismos no gubernamentales y con la Iglesia, pero hay otras también en el PEM y el POJH, en que se participa con los militares en los programas sociales.

Otro elemento nuevo que me parece fundamental es que ahora no se trabaja con los hogares, sino con categorías de población. A través de la ficha CAS* se determina qué hogar

tiene problemas y, dentro del hogar, qué categoría: si el niño de un año, el menor de un año, la mujer embarazada, etc. Esa ficha CAS y esta estructura están permitiendo un nivel de intervención estatal en el mundo poblacional de características completamente distintas a las anteriores. Estamos hablando de exclusión, pero nos ha faltado analizar el régimen de intervención que está teniendo lugar bajo el gobierno militar.

GUILLERMO ROSEMBLUTH (CEPAL, Chile). Me interesa plantear un alcance metodológico, porque tengo ciertas dudas sobre la unidad de análisis con que se trabajó, esto es, la población, que para mí es un concepto bastante heterogéneo. Hace algunos años trabajamos este tema, y encontramos alrededor de quince o veinte tipos de poblaciones muy diferentes en cuanto a organización, composición social, etc. Por ejemplo, había un estrato bastante homogéneo, la población callampa; además estaban los *conventillos* y *barrios tugurizados*, desde los cuales se desplazaba la gente y hacía invasiones de terrenos y formaba poblaciones callampas. Estas poblaciones eran muy diferentes en cuanto a las repuestas que entregaba el Estado —desde viviendas sólidas hasta mediaguas, con algún servicio de infraestructura—, pero también eran diferentes en cuanto a composición social. Había incluso algunas poblaciones destinadas a las Fuerzas Armadas, a Carabineros. Entonces, cuando se hace un análisis aun dentro de una misma población, se puede encontrar sectores muy disímiles y que naturalmente tienen intereses bastante diferentes; por lo tanto, la validez de las conclusiones puede verse afectada si no se examina con detenimiento esas diferencias.

criminar niveles de pobreza, administrada por el Comité de Acción Social (CAS) de cada municipalidad.

* Ficha CAS: Encuesta orientada a dis-

CLARISA HARDY (PET, Chile). Entiendo que en los datos que entrega, Alfredo Rodríguez intenta mostrar que el elemento diferenciador de la pobreza urbana del pasado respecto a la de hoy, es el de la *exclusión del mercado del trabajo*. Hoy en día, a diferencia de lo que sucedía antes, el ámbito urbano incorporaría centralmente la temática de la exclusión e inclusión desde el punto de vista laboral.

Me parece importante debatir el uso del concepto de *exclusión* referido al mundo de los *ppobladores*, y la consideración del *ppoblaro* como elemento definitorio de inserción o de des-inserción ciudadana. ¿Significa esto que la auto percepción de los *ppobladores*, su manera de visualizarse en términos de integración o exclusión social, pasa por el trabajo? No sabemos si esto sucede en la cabeza de los *ppobladores* o en la de sus intérpretes, porque el fenómeno de exclusión cultural, social y política no aparece como parte de la propia referencia de los excluidos.

LUCIO KOWARICK (CEDEC, Brasil). Dos impresiones sobre la ponencia de Alfredo Rodríguez. Según su informe, en el mundo *ppoblaro* urbano las cosas van de mal en peor, lo que significaría presiones, conflictos crecientes, demandas más complejas. Mi pregunta es: ¿no está presente una interpretación que se puede llamar de "optimismo catastrófico"? Es decir, ¿cómo deducir demandas más complejas a partir de una situación que empeora? Subyace la idea de sedimentación, segregación, confinamiento, como si se hubiera formado un territorio *ppoblaro*, una peculiar existencia socio cultural —recuérdese la serie de organizaciones que se han mencionado—. Y frente a esto me surgen dudas. Primero, si es verdad, porque hay todas las correcciones que sabemos se deben hacer hasta poder hablar de esta sedimentación, este confinamiento. En segundo lugar, cómo a partir de una población

tan heterogénea se puede hablar de una *identidad obrera*. ¿Cómo se puede hablar de *identidad*, y de *identidad obrera*?

En relación a la ponencia de Razeto, una pregunta muy sumaria: a partir de las diez características que ha mencionado, ¿es teóricamente pertinente hablar de una *economía de solidaridad*? Solidaridad es una noción muy fuerte, que implica integración, ¿se da esto efectivamente?

LUIS RAZETO (PET, Chile). Hacen bien varias de las intervenciones en señalar la necesidad de recoger la gran heterogeneidad de lo que podríamos llamar *mundo popular* o *mundo *ppoblaro**. Mirado desde afuera, puede tender a verse como una realidad bastante homogénea, de pobreza, miseria y exclusión; sin embargo, bajo una mirada más rigurosa, muestra una amplia gama de experiencias y de situaciones diversas. Creo que eso es algo que en las investigaciones de los últimos años —y sobre todo en las más recientes— se ha ido asumiendo. En el campo específico de la *economía popular*, por ejemplo, yo destacaba un sector de organizaciones, de respuestas, pero es indudable que todo aquello que se puede englobar bajo el nombre de *economía familiar*, el desarrollo de unidades de respuestas familiares, de iniciativas individuales que forman el subempleo, deben ser recogidas e integradas en una visión de conjunto. Lo mismo valdría en términos de las distintas maneras de hacer frente a las situaciones de crisis, como la respuesta organizativa, la de las organizaciones económicas populares; otras de carácter individual, como intentos de salir adelante mediante el comercio ambulante, la búsqueda del "pololo", el trabajo esporádico, con una gran creatividad que se expresa y que podemos ver a diario. Están también las respuestas más deterioradas, como la delincuencia; o las más pasivas, como recurrir a la asistencia, a la caridad, a los subsidios

públicos o privados. Todas ellas son el resultado en parte de distintas situaciones, pero también están fuertemente influidas por distintos valores, culturas, niveles de formación, experiencias previas de participación en organizaciones, por toda la riqueza y diversificación existente en un mundo popular muy heterogéneo, constituido además históricamente por migraciones de distintos lugares y por fenómenos sociales diferentes.

Esta claro para mí, entonces, que aquella realidad a la que me referí constituye una parte que es significativa y relevante, pero que no es toda la respuesta que emerge desde los sectores populares frente a la crisis de exclusión.

Me han preguntado sobre los partidos políticos: creo que han sido extraordinariamente lentos en reaccionar frente a los cambios en la situación de los sectores populares de Chile, y poco dados a comprender y también a buscarle proyección política, una canalización a la riqueza de valores y expresiones que surgen desde estas organizaciones. Comprendiendo muy bien las dificultades que existen en Chile en estos años, creo que no explican ni justifican esa lentitud en asimilar nuevas formas organizativas y de pensamiento. Creo que las Organizaciones Económicas Populares les plantean a los partidos políticos que se interesan en el desarrollo organizativo del pueblo, cuestionamientos ideológicos serios; afirman en duda muchas creencias, afirmaciones, convicciones que a veces están muy asentadas. Los partidos han sido poco atractivos, poco interesados en estos fenómenos, y esto marca un cierto distanciamiento respecto a ellos de parte de las organizaciones populares: en muchas organizaciones se ha desarrollado un cierto *apoliticismo*, una reacción frente a la situación de división de los organismos políticos y al hecho de que no parecen afincarse las realidades cotidianas de los sectores populares. Este distanciamiento recíproco plantea un desafío serio a

un proceso de democratización y de reconstitución de un tejido social y político. Pondré un solo ejemplo de esto: en el tema de la concertación social ha habido una búsqueda de fórmulas para pensar los problemas de una transición, en las cuales está prácticamente ausente la consideración de actores sociales de los sectores poblacionales, que tanta importancia han tenido estos años en Chile.

En cuanto a la pertinencia teórica de la *economía de la solidaridad*, no puedo ir más allá de hacer una afirmación. En estas experiencias hay una emergencia embrionaria de una posible economía de solidaridad: para comprenderla es necesario elaborar una teoría económica distinta a la convencional. Si analizamos la economía de solidaridad con las categorías y los conceptos propios que han sido desarrollados por las ciencias económicas, vamos a encontrar limitaciones muy importantes. El desarrollo del sector de economía de solidaridad pasa por el potenciamiento práctico de estas organizaciones, pero pasa también por el confrontamiento de conceptos, nociones, teorías, instrumentos de medición, instrumentos de evaluación, modos de cálculos alternativos a los que son pro-

prios de la economía convencional.

ALFREDO RODRIGUEZ (SUR, Chile). El sentido de la presentación de los datos de la encuesta —que creo se ha cumplido— es el de abrir preguntas, dudas, y mostrar la necesidad de mayores precisiones. El segundo objetivo que me parece importante es situar los problemas actuales desde una perspectiva histórica, con todas las dificultades que ello implica.

¿Qué cosas se dan en el mundo de las poblaciones hoy, distintas a lo que ocurría hace 20 años atrás? El problema grueso es la desocupación, y es un problema nuevo, aunque coincido con la necesidad de desaregar la situación. Los datos globales son insuficientes, y se requiere combinar distintos tipos de investigación para llegar a una aproximación más cercana a lo que ocurre en la realidad.

En cuanto a la percepción del sujeto frente a su situación objetiva, es interesante relacionar los datos referentes a su situación laboral —esto es, desocupación, empleo en el PEM o el POJH, empleo marginal, etc.— con la

percepción de la clase social con que se identificaba. El 42 por ciento de los hombres jefes de hogar, independientemente de su calificación actual, se calificaba como clase obrera, no siéndolo objetivamente. La memoria de sus ocupaciones anteriores, la memoria de los antiguos pobladores de los años 60, en que en las poblaciones el 60 u 80 por ciento de la fuerza de trabajo era asalariado obrero, sigue en la memoria de los pobladores de hoy.

¿Cuáles son las posibilidades de participación política de este sector tan fragmentado de excluidos, que sean diferentes a las del pasado? Me parece importante rescatar las distintas formas organizativas que han surgido en las poblaciones. Si se observan los tipos de propuestas o proyectos referidos a la posible democratización del país, surge una infinidad de demandas económicas que no son incorporadas. Frente a ello, y considerando el carácter territorial que tienen las formas organizativas surgidas en las poblaciones, me parece que los municipios, los gobiernos locales pueden ser una forma en la cual estos sectores puedan tener representación política, participación, e intervención en la solución de sus problemas.

